

El problema del mal

Escribe: FRANCISCO JAVIER ZULUAGA

Andrés Holguín, experto en antologías poéticas de desiguales valores estéticos, ha escrito un libro sobre el problema del mal.

Haciendo abstracción de su brillante estilo, de su escritura perfecta, ha suscitado entre nosotros uno de los temas más graves que atormentan al hombre contemporáneo, lo que, por cierto, ya es más que suficiente para estarle agradecido.

Solamente que el problema del mal, a mi juicio, se debe tratar con equilibrada cautela. Una es la posición filosófica con relación al mal y otra es la posición en relación con su situación histórica.

Andrés Holguín, para buscar una certera respuesta a sus interrogantes, cabalga alegremente sobre el lomo de las centurias. Desde los griegos, haciendo énfasis en San Agustín, hasta Henri Bergson. Se hunde, como un excepcional trabajador, en el problema del mal.

Nuestras pasadas generaciones no han conocido entre nosotros esta clase de urgencias espirituales, ya que su preocupación es la propiedad, las malas cosechas, los tramposos repartos políticos y todo aquello que no alcanza a penetrar en la piel de la inteligencia. Durante todos los milenios el hombre ha estado referido al problema del mal, con la esencial diferencia, que nuestros abuelos nunca colocaron su tema en el centro de sus reflexiones. Lo han sentido, pero jamás lo han cuestionado.

Cada época tiene sus mismos interrogantes, sus mismas discusiones acerca del problema del mal. Este tema ha sido motivo de meditación de los filósofos que manejan con propiedad el ejercicio de las ideas universales.

El mal que padece Job, aquel mal que desprende la piel de sus huesos, es muy diferente al mal causado por el genocidio universal. Es muy diferente al mal que se causa mediante la aplicación de la meditada tabla de torturas y por la gran amenaza que cae como una lluvia de fuego sobre la familia humana en homenaje a las leyes científicas e impersonales.

El mal es una enfermedad que está presente en la existencia humana, claramente reconocido en lo que tiene de extraño e inexplicable. El mal —para definirlo con Paul Claudel— es todo lo contrario al fin del sér.

El mal como una mancha oscura se extiende al universo, es una desviación del fin marcado por la naturaleza de las cosas.

Siendo el mal la ausencia del sér, privación del sér, no podemos negar su existencia, ya que lo percibimos, ya que lo sentimos como una mordedura sobre la carne. El mal está en todas las cosas, está en todas ellas como una terrible mutilación. El mal, en sí mismo, no tiene existencia. Es un abismo, es un vacío, que se traga y devora a todos los seres.

A esta altura, para una mayor precisión conceptual, debemos distinguir entre el mal en sentido físico y el mal en sentido moral. La lepra en Job y la joroba en Kierkegaard constituyen un mal en sentido físico. Es un mal porque constituye la privación de un bien —como es la salud— debida al hombre. O es un defecto físico que significa también una privación, la ausencia de una perfección debida a la armonía y a la belleza del cuerpo humano. Este defecto, según los biógrafos del filósofo danés, fue la causa de su melancolía permanente que lo acompañó durante toda su vida.

El hombre, desde el punto de vista moral, está provisto de una fuerza interior, de una energía constante que manipula su naturaleza y necesaria operación. De toda esta arcilla y dureza, de toda esta locura y de este caos, por razón de la esencia del hombre, se genera la acción humana que se integra en el reino de la libertad. El mal de la acción o de la operación procede de cierto defecto presupuesto en el sér o en las potencias operativas del agente. Así, en esta forma, el mal se traduce en la voluntad, en el mal uso de la libertad. Este desfallecimiento en el sér —que constituye el mal en la acción— es un defecto voluntario y libre. Este desfallecimiento, por virtud de la voluntad perversa, ha

llevado a los verdugos a hacer de la tortura una ciencia y un oficio.

Pero tomando el hilo conductor que nos lleva al tema del libro de Andrés Holguín, observamos que éste se irrita, con razón, de la forma como se practica el cristianismo en el marco familiar, en la sociedad dentro de la cual ha vivido. Pero esta es una manera muy simplista, muy elemental de analizar las cosas, ya que, a nuestra manera, argumentamos que esta no es la esencia del cristianismo, sino el estilo deformado con que dicha sociedad se sirve de su mensaje. La estructura social ha hecho al cristianismo el peor servicio cuando lo compromete en una aventura que no se compadece con sus exigencias, sino con el fraude y la frustración. Se trata, en el fondo, de una mala interpretación del mensaje cristiano.

Continuando nuestro análisis —este ensayo— no parece distinguir entre el saber y el conocimiento. Sabemos todo aquello que nuestra conciencia vive, todo lo que le llega a ella a través de la excitación de nuestros sentidos. Lo sabemos porque el ser de ella es tener conciencia de lo que nos sucede, de todo aquello que nos afecta. Pero no todo lo que nuestra conciencia vive es conocimiento. El saber recae sobre la vivencia; el conocimiento sobre el objeto. La conciencia en sí es siempre una vivencia, vivencia de algo. Cuando tengo una emoción sé qué es lo que me pasa. Pero este saber no es conocimiento. No es conocimiento porque no nombra ni predica nada de algo.

Andrés Holguín siente el mal, lo vive en su conciencia. Afirma que el mal no es sólo experiencia, sino que alude a un concepto amplísimo, enumerando una serie de situaciones vivenciales. Esta serie de situaciones vivenciales a que alude no pueden ser el mal como idea universal, sino que éstas son manifestaciones de un concepto general por medio de las diversas formas por intermedio de las cuales se revela en el mundo. El mal, en su esencia, es uno solo. Se necesita ser muy fuerte para resignarse a vivir un mundo valiéndose de la sola herramienta de la experiencia.

* * *

Sus interrogantes acerca de la responsabilidad de Dios en la existencia del mal, de su complicidad con el pecado y el crimen, con el pecador y con el criminal, es tanto como suprimir la

existencia de Dios, o como eliminar su tema de la teología. Sin referencia a Dios no habría podido escribir este ensayo sobre el mal.

Dios —como lo afirman los teólogos— no puede ser la causa del mal moral. El mal se deduce de un defecto de la ciencia del obrero o de la voluntad perversa. Este defecto y este desfallecimiento de la voluntad de Dios son atributos que no convienen a su esencia, tal como lo describe la teología y tal como lo concibe la filosofía. El defecto y el desfallecimiento son todo lo que no es Dios. Sería cualquier cosa, inclusive el mal. Si Dios fuera la causa de un defecto, este defecto sería una herida en su perfección. La supresión de la bondad en Dios sería tanto como suprimir los lados de un triángulo. Sin sus notas específicas Dios no sería Dios ni el triángulo sería triángulo. Dios no ha suprimido la libertad humana. El mal de la acción proviene de la voluntad perversa, del mal uso de la libertad, pero no de la naturaleza del hombre.

Cuando el hombre que obra con libertad —lo hace con negación de la regla moral— ese vacío, esa ausencia, es la privación de un bien debido a la acción.

San Anselmo en uno de sus geniales argumentos sobre la existencia de Dios, siente a Dios oculto, a Dios escondido. De esta base parte su argumento teológico. El no ver a Dios, no equivale a suprimirlo de su horizonte intelectual. Sería una privación, que exige su correspondiente justificación.

Dios, según San Anselmo, está ahí, en su apartamiento, oculto, perdido, escondido. Es el hombre el que debe descubrirlo, el que debe desvelarlo.

Este libro de Andrés Holguín es importante, importante por los diversos textos y autores a que hace referencia y porque suscita serias reflexiones.